Gordon Wood describe en su ensayo “La democracia y la Revolución norteamericana” cómo, luego de la independencia, el nuevo gobierno americano planteó un sistema sobresaliente y que ya puede asemejarse un poco más a lo que hoy conocemos: la democracia donde todos, incluso el “pueblo llano,” participan de los asuntos de gobierno. De hecho, es durante este período que se deja atrás la vieja reticencia hacia esa denominación para comenzar a portarla con orgullo. Llegan a cuestionar la legitimidad del temor a un desbalance de poderes y el devenir caótico de la democracia pura en el marco de la teoría del gobierno mixto propugnada y llevada a la práctica, con el éxito atestiguado en su estabilidad, por la constitución británica.

Esta nueva concepción de la democracia separa a los americanos de Europa tanto en el hecho de la independencia soberana como en su experiencia de la vida política. Lo que motiva la reacción es precisamente el acercamiento un tanto frágil a la representación de los británicos, que se defienden en una supuesta representación “implícita.” Para los norteamericanos, la representación es un asunto que debía tomarse más seriamente. Lo que importaba era que exista “reciprocidad de intereses entre el representante y aquellos en nombre de los que hablaba” (p. 108) lo que no podía darse si la elección era solo accesoria para la representación efectiva. Esto se cambió ubicando al voto en el centro del proceso, convirtiéndolo en “el único criterio de representación” (p. 108) y extendiendo su alcance a todos los ciudadanos (categoría que, como en Atenas, no refería por ejemplo a esclavos y mujeres) y no a un segmento exclusivo del pueblo abstracto como en Europa.

Se habían dispuesto a destruir los lazos monárquicos y eso conllevaría empezar a dejar de lado las tendencias aristocráticas que seguían vigente en el ideario político. No había políticos naturales, por sí mismos inclinados al bien público. Se debía partir de la igualdad y contemplar el hecho de que cada uno actúa por sus intereses privados. Los representantes debían ser como el pueblo el pueblo era el pueblo llano, trabajador y común, por lo que esa condición era la normal y, también, la más virtuosa. Wood adscribe a esta situación la responsabilidad de evitar un movimiento socialista fuerte durante el siglo XIX como el que se vio en Europa: estando identificados con sus gobernantes y su condición, en general, era la usual porque “no quedaba nadie… que se atreviera pública y orgullosamente a afirmar que no trabajaba para ganarse la vida” (p. 118)